

Manuel y su esposa eran pobres, y la primera vez que buscaron piso en París solo encontraron dos habitaciones oscuras, por debajo del nivel de la calzada, que daban a un patiecillo sofocante. Manuel se entristeció. Era artista y allí no había luz para trabajar. A su esposa no le importaba. Ella salía diariamente a hacer su número de trapecio en el circo.

En aquel lugar bajo tierra, toda su vida pareció convertirse en un encarcelamiento. Los porteros eran muy viejos y los inquilinos del inmueble parecían haberse puesto de acuerdo en convertirlo en un asilo de ancianos.

Así que Manuel vagabundeo por las calles hasta toparse con un cartel: SE ALQUILA. Fue conducido a un ático de dos habitaciones que parecía una choza; pero una de las habitaciones daba a una terraza y, cuando Manuel salió a la terraza, lo saludaron los gritos de unas colegialas en el recreo.

Había un colegio al otro lado de la calle y las chicas jugaban en el patio situado bajo la terraza.

Manuel las estuvo mirando unos momentos, con el rostro brillante y ensanchado por una sonrisa. Fue presa de un ligero temblor, como el hombre que prevé grandes placeres. Quería mudarse de piso inmediatamente, pero cuando, llegada la noche, convenció a Thérèse para que fuera a verlo, ella solo encontró dos habitaciones inhabitables, sucias y abandonadas. Manuel repitió:

—Pero hay luz, hay luz para pintar, y, además, una terraza.

—Yo no viviría aquí —dijo Thérèse, encogiéndose de hombros.

Entonces, Manuel puso manos a la obra. Compró pintura, cemento y madera. Alquiló las dos habitaciones y se dedicó a arreglarlas. Nunca le había gustado trabajar, pero esta vez se dio maña e hizo una meticulosa faena de carpintería y pintura, como nunca se había visto, para que el lugar resultara hermoso a los ojos de Thérèse. Mientras pintaba, reparaba, cementaba y martilleaba, oía las risas de las jovencitas que jugaban en el patio. Pero se contenía, esperando el momento adecuado. Hilaba fantasías sobre lo que iba a ser su vida en este piso enfrente del colegio de chicas.

Al cabo de dos semanas el piso se había transformado. Las paredes estaban blancas, las puertas cerraban perfectamente, se podían utilizar los armarios y los suelos ya no tenían agujeros. Entonces llevó a Thérèse a que lo viera. Ella se sorprendió

mucho y en seguida estuvo de acuerdo en trasladarse. En un día, un carro trasladó sus pertenencias. En este nuevo sitio podría pintar, se dijo Manuel, gracias a la luz. Daba saltos por todas partes, contento y cambiado.

Thérèse era feliz viéndolo de aquel humor. A la mañana siguiente, con las cosas desempaquetadas a medias y habiendo dormido en camas sin sábanas, Thérèse se fue a su trabajo en el trapezio y Manuel se quedó solo para arreglar las cosas. Pero en lugar de deshacer los paquetes, bajó a la calle y fue al mercado de pájaros. Allí se gastó el dinero que Thérèse le había dado para la comida en comprar una jaula y dos pájaros tropicales. Regresó y colgó la jaula al aire libre, en la terraza. Un momento estuvo mirando a las jovencitas que jugaban, viéndoles las piernas bajo las faldas revueltas. ¡Cómo caían unas sobre otras en sus juegos, cómo flotaban las melenas al aire cuando corrían! Sus pechos pequeños y juveniles comenzaban a mostrar toda su rotundidad. Se puso colorado, pero no se apresuró. Tenía un plan demasiado perfecto para abandonarlo. Durante tres días gastó el dinero de la comida en toda clase de pájaros. La terraza era ahora un hervidero de pájaros.

Todas las mañanas, a las diez, Thérèse se iba al trabajo y el piso se llenaba de sol y de risa y gritos de las jovencitas.

Al cuarto día, Manuel salió a la terraza. El recreo era a las diez en punto. El patio del colegio estaba animado. Para Manuel era una orgía de piernas y faldas muy cortas, que en los juegos dejaban ver las braguitas blancas. Allí, en medio de los pájaros, cada vez estaba más excitado, pero al fin surtió el plan: las jovencitas miraron hacia arriba. Manuel las llamó:

—¿Por qué no venís a ver? Hay pájaros de todo el mundo. Hasta hay un pájaro de Brasil con cabeza de mono.

Las chicas rieron, pero después del colegio, empujadas por la curiosidad, varias subieron al piso. Manuel tenía miedo de que se presentara Thérèse. Por eso, solo les permitió mirar los pájaros y embobarse con sus picos de colores y sus trinos raros y grotescos. Las dejó cuchichear y mirar, familiarizarse con el lugar.

Para cuando llegó Thérèse a la una y media había logrado de las chicas la promesa de que volverían a verle al día siguiente a las doce, en cuanto terminara el colegio.

A la hora convenida se presentaron a ver los pájaros cuatro jovencitas de todos los tamaños, una de pelo largo y rubio, otra con tirabuzones, la tercera regordeta y lánguida, y la cuarta esbelta y vergonzosa, con los ojos muy grandes.

Mientras estaban mirando los pájaros, Manuel se ponía cada vez más nervioso y

excitado.

—Perdonadme —dijo—, tengo que hacer pipí.

Dejó la puerta del servicio abierta, para que pudieran verle. Solo una, la vergonzosa, volvió la cara y le miró fijamente. Manuel estaba de espaldas a las chicas, pero veía por encima del hombro si le observaban. Cuando se percató de la chica vergonzosa, con sus enormes ojos, ella volvió la cara. Manuel tuvo que abotonarse. Quería alcanzar su placer con prudencia. Aquello había sido bastante por hoy.

El haber visto los grandes ojos encima de él le tuvo soñando durante el resto del día, ofreciendo su infatigable pene al espejo, sacudiéndolo como si fuera un bombón, una fruta o un regalo.

Manuel era muy consciente de que la naturaleza le había dotado bien en cuestión de tamaño. Si bien era cierto que su pene enflaquecía en cuanto se acercaba demasiado a una mujer, en cuanto se tendía al lado de una mujer; si bien era cierto que le fallaba siempre que quería ofrecer a Thérèse lo que ella deseaba, también era cierto que crecía hasta alcanzar un enorme tamaño y se comportaba de la forma más vivaz cuando lo miraba una mujer. Entonces era cuando estaba en todo lo suyo.

Mientras las chicas permanecían encerradas en las aulas, frecuentaba los pissoirs de París, tan abundantes, los pequeños quioscos redondos, los laberintos sin puertas, de donde a todas horas salían hombres que se abotonaban con descaro mirando directamente a los ojos de las mujeres elegantes, de las mujeres perfumadas y chic, que no se daban cuenta en seguida de que el hombre salía del pissoir y que luego bajaban los ojos. Este era uno de los mayores placeres de Manuel.

También podía apostarse contra el urinario y alzar los ojos a las casas situadas por encima de su cabeza, donde muchas veces había mujeres asomadas a las ventanas o en el balcón, desde donde le veían agarrándose el pene. No obtenía ningún placer de que lo observaran los hombres, si no aquello hubiera sido para él un paraíso, pues todos los hombres conocen el truco de mear tranquilamente mientras miran cómo el vecino hace lo mismo. Y los jóvenes entraban sin otro motivo que verse y quizás ayudarse durante la operación.

Manuel fue muy feliz el día que le había mirado la chica vergonzosa. Pensaba que ahora le sería más fácil satisfacerse del todo con tal de controlarse. Temía que se apoderara de él el impetuoso deseo de exhibirse a cualquier precio; entonces todo se echaría a perder.

Era la hora de otra visita y las jovencitas estaban subiendo las escaleras. Manuel se había puesto un quimono, un quimono que pudiera entreabrirse con facilidad, por accidente.

Los pájaros se estaban portando muy bien, picoteando, besándose y peleando. Manuel se puso detrás de las chicas. De repente se abrió el quimono y, cuando se encontró acariciando una gran melena rubia, perdió la cabeza. En lugar de cerrar el quimono, lo abrió más. Al volverse, las chicas lo vieron todas en el trance, con el gran pene erecto apuntando hacia ellas. Todas se asustaron, como pajaritos, y escaparon corriendo.